

LA PROTESTA

año XXI

Oficinas: HUMBERTO P. 1175—U. E. 2059, (B. Orden)

Buenos Aires, Jueves 28 de Junio de 1917

Precio 60 S. centavos

(Porte pago)

Núm. 3102

LA PROTESTA

DIARIO ANARQUISTA de LA MAÑANA

Valores y fines dirigidos a R. Cruce

CORRESPONDENCIA DE REDACCION
a LA PROTESTA

(No se devuelven los originales)

Los prolegómenos de la revolución

Asistimos a una de las más grandes revoluciones morales que presenciaron los siglos. Los pueblos que culminaron una civilización en las artes, la ciencia y la medicina, se aniquilan ferocemente, cual si un torrente de odios desbordado amenazara barrer con todo lo que creó el genio y elaboraron miles de generaciones de hombres esforzados.

Las modernas teorías de igualdad y fraternidad humana, no vivían inculcadas en el espíritu de los hombres que se dejaron arrastrar por las pasiones animales, revidando en un momento la bestia indómita que parecía haber domado la Razon. Y fue como, instintivamente, sin que la Humanidad pudiera siquiera medir setenamente las proyecciones del desastre, Marte impuso su férula a los pueblos del viejo continente, y, los mismos que lanzaron sobre los dioses fatídico su abominación, acataron su imperio y hasta pretendieron justificar la necesidad del estermio.

Pero el choque fue brutal, superior a todas las fuerzas humanas. Falló el cálculo de los grandes imperios militares; no dió los resultados apetecidos las combinaciones financieras de los especuladores; se quebró la estrategia ante los nuevos descubrimientos de la ciencia de matar: la sangre empapó la tierra, y los hombres sufrieron la consiguiente decepción ante el prometo del arte guerrero, que se reducia a crear monstruosas maquinarias que mataban anónimamente. ¿Matar sin saber a quien, sin conocer al enemigo, sin medir siquiera con el la fuerza y el valor, ¿cuépo a cuépo? Verdaderamente esto es de masado absurdo para el que sueña con las batallas gloriosas en que se disputaba una bandera a denteladas, o se tomaba una posición a bayonetas.

El cansancio comienza a invadir a los combatientes, y junto con el cansancio el odio se amortigua, porque los ánimos caen ante la prolongación de la guerra y la imposibilidad de poder vencer al enemigo. Y en esos momentos de desaliento, es cuando los hombres, arrastrados hacia las trincheras por un mal entendido amor propio, se detienen a reflexionar sobre los motivos que los indujeron a convertirse en los instrumentos de muerte y destrucción.

Rusia rompió el círculo de odios que la sujetaba a una alianza de muerte. El pueblo, arrastrado como todos los pueblos que hoy en Europa definen la hegemonía comercial de los grandes imperios, comprendió que su enemigo no estaba al otro lado de las fronteras, sino que se encontraba en su propio seno: allá en las altas esferas del poder imperial, oculto entre los falsos otelopes de la nobleza rancia y corrupta, agazapado tras el trono, cubriendo sus ambiciones con el trapo emblemático de la patria. Y el pueblo ruso declaró la guerra al verdadero enemigo y se negó a proseguir esa maizana estúpida, en el campo del falso honor patriótico, en defensa de menguados intereses y bastardas ambiciones.

El paso dado por el pueblo ruso, tiene que ser fuertemente imitado por los demás pueblos, — tanto por los que mantienen la actual beligerancia como por los que permanecen siendo espectadores de la gran contienda — pues la guerra terminará por falta de combatientes, de hombres que se presten a continuar siendo los posibles instrumentos de los criminales desígnios de comerciantes erigidos en ministros, señadores y tiranos.

La revolución rusa, las continuas huelgas y moines populares, en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria-Hungría, principalmente, son otros tantos motivos para creer que la revolución se va gestando paulatinamente en lo más hondo del alma popular, amenazando surgir a la superficie en un impetuoso irruir.

pir de los odios que en los pechos acumuló la tiranía. Los prolegómenos de la revolución social son todos esos actos de rebeldía que a diario surgen en los pueblos de Europa. Los más azotados por el faje de la guerra, España será quizás la primera nación que rompa con las coyundas que atan al pueblo a esa monarquía casi feudal, regida por un Borbón que lleva en la sangre los vicios y corrupciones de una dinastía culpable que asaló el trono mediante una de las tantas intrigas palaciegas.

Tengamos confianza en el futuro. El despar de los pueblos traerá tras sí el alborace que ya se distingue allá en el confín de Europa; en la misma Siberia rusa, en otro tiempo tumba de la libertad y del pensamiento.

—(6)—

El terror argentino

El inmenso dolor humano que se traduce en odios vengadores en todas las grandes capitales del mundo, sería motivo de justificación suficiente del terrorismo obligado de los de abajo, contra el terror que imponen los de arriba. La dinamita ha llegado a ser una síntesis violenta de los dolores que aniquilan a la especie, algo como la expresión misma de las penas de siglos que se anidan en el corazón humano, o como la protesta más elocuente de la justicia misma contra los asesinos más infames de los pueblos.

En Buenos Aires, como en todas las grandes capitales del mundo donde el oro y el poder forman la esencia única de todo el cúmulo de tiranías que pesan sobre el pueblo, donde no existen más derechos que los otorgados por el ejercicio infame de las leyes de explotación humana, donde todas las grandezas materiales se levantan amasando los materiales de construcción con el sudor y sangre de las víctimas, como en los tiempos de la edad media los esclavos morían arrastrando jiridas para el monumento a los Emperadores, dentro del confuso todo se ha tasado, todo se ha desvirtuado en su esencia, hasta la misión de la mujer que es hoy un objeto de compra y venta pública que rinde beneficios monetarios al erario público, donde, en fin, a la anulación total de los valores de perfección humana ha sucedido la implantación de todo lo ruin, infame y criminal, en Buenos Aires, repetimos, es justo que también estallen los dolores humanos y la dinamita sea la expresión violenta de la justicia misma.

Pero esa dinamita de la justicia, a que nos referimos, no es sino la que raras veces se manifiesta, no es sino la que puede sintetizar sin necesidad de preámbulos, todo un estado de ánimo popular, toda una necesidad moral y material. Y la justificamos al mismo tiempo que como una necesidad en determinados momentos histórico-sociales, como una consecuencia directa de este régimen despótico, igual a todas las autocracias, lo mismo en su esencia a todas las barbaries entronizadas.

Bajo el régimen del terror, la palabra humilde de Jesús no tiene eco. Cuando los fariseos reinan los románticos apóstoles de la justicia están demás. Lo que falta es el brazo que sea fuerte como un destino, la acción que se manifieste como una fatalidad, como una consecuencia de la necesidad, y por lo tanto, natural.

Toda consecuencia es lo lógico, es lo natural. Bajo esta verdad han caído muchas testas coronadas de la tierra, y bajo esta verdad obra impulsado el pueblo ruso tendiendo hacia la consolidación más perfecta y humana de la justicia.

Pero en Buenos Aires, el terrorismo parece otras consideraciones, porque el terrorismo es oficial. Merece ser estudiado en otra forma, porque su finalidad es otra y sus motivos también. Por eso, hay un terror argentino, puramente argentino. Si algo queréis de la argentinidad, ahí tendis las bombas policiales como medio de guardar el orden público.

Aquí se trata de las bombas explosivas como si se tratara de la aplicación de una ley por un juez, como si se tratara de una simple costumbre del oficialismo. Las bombas explosivas estallan porque hay manos pagadas para

ello. Es, pues, una profesión, y una profesión bien remunerada, y reot proclama que la educación, que los maestros de escuelas, «¡Si todos pudiésemos ser policías!», es la nueva aspiración profesional, como si dijera otro «¡si yo fuera diputado!».

Y ha llegado a tal colmo la desvergüenza policial en este asunto, que al simple anuncio de la probable derogación de las dos leyes más infames de esta llamada república, las bombas explosivas policiales llegan también a un apogeo desesperante.

El concepto de la verdad

Los pueblos, en las lentas trayectorias de las sucesivas evoluciones, marchan hacia la conquista de la vida, y en su avance, lento pero arrollador, destruyen todo lo viejo — tanto en el orden político-social, como en el orden de las creencias y de las ideas — desechando falsos conceptos, mentiras erigidas en verdades, creadas y sustentadas por miles de pasadas generaciones.

Si cuesta trabajo desear de la mente humana los prejuicios arraigados, es debido a que, los pueblos, creyeron siempre poseer la verdad, y cuando una nueva verdad vino a destruir la vieja verdad por todo admitida, la cambiaron, porque fue siempre característica de los hombres esa tendencia hacia la conservación y ese apego y respo por las cosas viejas.

En todos los tiempos, los hombres, que solían confundirse al empuje de las verdades nuevas, fueron considerados como anomalías. Y todo porque opusieron a la verdad: con la verdad hipotética; un nuevo concepto moral, una nueva filosofía, o una cualquiera innovación científica. Nosotros, los anarquistas, somos considerados socialmente como anomalías dentro del régimen social representamos el desorden del sordido: no somos la genuina encarnación del arquetipo, del hombre-sombra, que se refleja en la sociedad el valor cuantitativo.

Aún hay muchos hombres que buscan en la antigua filosofía la verdad, ignorando sin duda que la verdad — la única verdad del mundo — es relativa, y que la considerada y admitida como verdad en una época, fue la mentira de otra época. La verdad absoluta no existe, no puede existir; existen sólo verdades sucesivas a la relatividad del tiempo, mutables como las formas de la materia, que cumple su metamorfosis eterna. Para llegar a la verdad absoluta, sería necesario que el mundo de los seres y de las cosas se estacionara y dejara de evolucionar, porque es la evolución, en su continua marcha ascendente, la que crea y destruye los conceptos morales de los individuos, las moralidades de los pueblos, precipitando el derrumbamiento de los regímenes que tienen sus principios básicos en el dominio y la tiranía. Nada, ni aún los cuerpos inorgánicos, pueden sustraerse a la influencia de esa ley fatal que rige al Universo: la evolución se opera hasta en las capas más inferiores de nuestro planeta.

La correlación del proceso evolutivo, se explica fácilmente si estudiamos un poco la historia de la humanidad. Y la inmutabilidad de la vida, como principio de toda religión, queda destruida por la verdad científica que nos explica al hombre como una idea perpendicular que parte de un punto para terminar en la nebulosa de su punto. Nada hay inmutable en la vida. El mismo Dios, abstracta creación del hombre, es mutable. El Dios del café, no es por su estructura, ni por su virtud, el Dios del civilizado. Cada raza, cada pueblo, lo concibe según su propia idiosincrasia: como síntesis de su civilización; y cada hombre dota a su dios con su propia psicología: lo concede los atributos de su carácter, o lo que es más sintético: lo crea su imagen y semejanza. Si los dioses primitivos fueron personificados en animales, a los cuales divinizó y dió propiedades buenas y malas la rudimentaria inteligencia del hombre, fue porque el hombre divinizó su propia animalidad.

Según la humanidad fue evolucionando,

Resulta que esas leyes garantían la profesión del terrorismo policial, y meted a ellas se pagan con creces todos los atentados policiales. Resulta que mediante esas dos leyes viven del sudor del pueblo miles de zánganos, hijos de la perversidad y del crimen, y de los cuales necesita la policía para cumplir una misión inquisidora, aposeandose a las ideas y matando a los hombres.

Ese es el terrorismo argentino. Ese terrorismo absurdo, engendrado en el seno de la perversidad, apoyado por todos los verdugos del pueblo.

do, los hombres, obligados por la misma Naturaleza a luchar en el medio donde se desarrollaban, para no sucumbir ante las más apremiantes necesidades se vieron obligados a dejar la vida vegetativa de los animales; y de ahí nació la necesidad de pensar y estudiar los complicados problemas de la Naturaleza. Desista la razón humana desde sus principios y encaminado el pensamiento por los escabrosos derrotero de la metafísica, los hombres se pasaron siglos y siglos discutiendo la existencia de Dios, (como causa única: «¿grán todo» creador y regulador de la materia) de un Dios espiritual, inmutable, el que, a pesar de su inmutabilidad, fueron modificando, dándole y quitándole a ritos, cualidades y propiedades, a fin de ponerlo en concordancia con la época: la Religión fue en todos los tiempos, el fiel reflejo de la moral establecida.

Los hombres, antes de estudiar los efectos que sobre ellos obraban, pretendieron estudiar las causas, o mejor dicho: la causa única — pero siempre con esa tendencia a atribuir a un ser divino su origen — porque consideraron a la Naturaleza incapaz de subsistir, crear y regularse por sí sola, sin necesidad del agente-motor extraño a ella, inventado por teólogos y metafísicos.

De esa creencia, provino la insuficiencia y la incapacidad de los hombres, los cuales se consagraron incapaces de vivir sin el tutelaje o gobierno de otros hombres, delegando en ellos su individualidad. Ese fue el origen de la creación de los dioses, de los papas, reyes, emperadores y presidentes que gobernaron a los hombres en sus diferentes manifestaciones: religiosas y políticas-sociales. La tiranía tuvo en todos los tiempos un justificativo: se gobernó a los pueblos por derecho divino, de la misma forma que hoy se gobiernan por derecho humano. El sufragio universal, en nada modificó el derecho a gobernar: sólo cambió el empuje, el pretexto. Los dioses y los jefes fueron los tiranos del pueblo; y el hombre fue esclavo de Dios y esclavo del Hombre.

Hay que luchar, luchar siempre, para que surja en el hombre su individualidad, anulada por muchos siglos de servilismo. Tenemos que incultar su voz, su conciencia, su dignidad, para que no delegue sus derechos en otro hombre, para que sólo confíe en su única fuerza.

Destruyamos el altar donde se adora a los dioses; derrumbemos el pedestal donde se erigen los ídolos; las creencias rancias que perpetúan la imbecilidad humana.

Emilio L. ARANGO.

Pinceladas

La tonalidad gris del conventillo en el Otoño, frío como un cadáver, plasma en las fisonomías y en las cosas, un gesto solemne, trágico.

El frío entumece los músculos, pone muercas de dolor en los corazones, asoma de excepciónismo en los hundidos ojos de los rapazuelos, y cierra herméticamente los pálidos labios de las aduquesias de la alhaja y el trapo, impidiendo la huida de las notas del tango en boza.

Del pecho ronco y seco de los hombres, surgen chorros de imprecaciones contra la invasión del músculo de hierro y acero, que los arrojó al arroyo como un torbellino de huesos rotos. Crispanse sus manos callosas, descargándose

sus puños en el vacío, queriendo exterminar el terrible espectro del hambre, que hace llorar cruelmente a los niños, que mata de angustia y tisis a las madres.

La alegría dominguera desapareció del mugriento caserón; ya las desahiliadas de los mandones no se dejan oír. Las muchachas, en otrora bulliciosas, mariposillas inquietas, están tristes, mustias, ajadas. ¡Pobres flores nacidas en el tiesto del conventillo, estrujadas por todas las privaciones, regadas con la hiel de supremas amarguras!

Han transcurrido muchos días, y con ellos, se precipita vétoz la vida; la moralidad huye con las lágrimas de los hermanitos, y se desgasta como los vestidos que cubren sus anémicos cuerpos. Las esperanzas de encontrar trabajo a quile sus brazos, pendientes del capricho industrial, han desaparecido, y sólo queda la triste realidad de las lágrimas, y el hogar sin pan, sin fuego... Vientos de tragedia soplan en el ambiente; Natura tiene perfiles de abismo adentro, en los inmundos cuchitriles, los pechos están comprimidos de frío y de odio.

Es domingo, y las muchachas, recuerdan como un sueño los inocentes bailes, las promesas del novio que huý en presencia de la miseria; y, recordando, su corazón se vuelve huraño, frío como un copo de nieve... Despiertan bruscamente, por los gritos de los inocentes pequeñuelos que en el sucia jergón agonizan. Ya se vendió hasta el trapo dominguero; los padres pasean sus miradas por la vacía estancia, y, nada! Por todo lo que hay, no darían un pan... Y las áureas mariposas, las candorosas palomitas, comprenden... Abren sus alas, y desaparecen, elevando el vuelo hacia las regiones del vicio, para conquistar el mendrugo que mitigue el hambre que devora el hogar.

J. González LEMOS.

—(6)—

HORA DE ACCIÓN

Hay momentos en nuestra vida, en que el pensamiento, el eterno lujooso de lo Inaceable, volviendo a la realidad, dejando de familiarizarse en sus vuelos arrevedos con ensueños misántropos, pleróticos de trivialidades exóticas y románticos excepcionismos, siente la necesidad de identificarse con el ambiente, sintentizándose en formas rebeldes, adaptándose a la lucha cotidiana para consagrar en un crepúsculo tempestuoso, la gestación suprema de la contextura firme del mañana.

Y en uno de esos momentos apoteóticos en que el idealismo verdadero estriba en la mancomunidad de energías consagradas a la fecundación tangible del ideal, que hoy se nos ofrece en los contornos vagos de un oriente encapotado por nubes tenebrosas, estamos llamados a actuar como síntesis de nuestra potencialidad.

El momento es de examen: Rehusar al combate en la hora de la prueba decisiva, es rebajarse al nivel de la Impotencia que con máscara de pesimismo se caracteriza en algunos; imponerse a la derrota en acción gloriosa, a la manera de los romanos del Coliseo, es perpetuarse machos ante el criterio colectivo.

La acción se impone, pero la acción fecunda, racional, intransigente, no la maloltrata fatalista de un cerebro desequilibrado, síntoma de una indomitable del instinto.

La revolución se nos acerca: Series de movimientos rebeldes, constituyen efectos parciales de su desenvolvimiento, que se acentúa paulatinamente a través de la tragedia guerrística.

Está determinada, y en el concierto social contemporáneo, se le debe dar formas y relieve, abrirle cancha y pararle un campo arado y sembrado para que sus frutos sean fecundos y sabrosos como esfigas saronadas.

Difficultades existen que no implican imposibilidades; es rectos egoísmos, geronales, insidias y calumnias, fomentados de odios; urge que se desvanezcan, ante el preludio del campanario de los hechos, que requietando nos anuncia el cataclismo.

Creed: permaneciendo pacíficos ante la labor regresiva del parásito, y tolerante con toda acción que supere, os

